

MARTES

1

Fue la primera en salir, a la carrera, y se encontró con el grito casi de sopetón:

—¡Victoria!

El tío Joaquín estaba a la izquierda, uno más entre los hombres y mujeres que esperaban la aparición de los pasajeros del vuelo. Al abrirse las puertas de la sala de recogida de equipajes algunos trataron de atisbar la proximidad de aquéllos a los que aguardaban con resignada paciencia. Una paciencia puesta a prueba a causa de la demora en la llegada.

Las puertas volvieron a cerrarse.

Victoria cargó su bolsa sobre el hombro y corrió hacia él.

«No vas a llorar», se dijo.

No lloró. Pasó la primera prueba. Dominó el nudo de su garganta y se fundieron en un abrazo rápido y un beso fugaz en la mejilla. El tío Joaquín significaba su primer contacto con la realidad tras la

noticia, el dolor, la precipitación del viaje, el choque del que aún no había salido.

Por asombroso que pareciera, estaba de vuelta.

—Hola, cariño —el hombre fue el primero en hablar—. ¿Qué ha pasado?

—¿Y yo qué sé? —lamentó ella—. ¿Crees que nos lo han dicho? ¿Alguna explicación? —Soltó una bocanada de aire retenida en sus pulmones.— Primero demoras en el tráfico aéreo, después el cuento de que el vuelo no había llegado a su hora. ¡Dios!, ¿es muy tarde?

—Habrá que ir directamente al cementerio.

La palabra actuó de cuña. Le golpeó en el centro de su razón. Cementerio. Por segunda vez logró retener las lágrimas. Quedaba una eternidad para llorar.

Ahora necesitaban correr, o sería tarde incluso...

—Anda, vamos —su tío le cogió la bolsa.

Echaron a correr por la terminal y salieron al exterior. El aparcamiento quedaba enfrente. No dejaron de correr hasta meterse en el coche. El tío Joaquín pagó en la caseta de la salida y en un minuto el vehículo aceleraba más y más por la carretera, prescindiendo de mayores precauciones. Victoria tenía la mirada perdida al frente.

Sintió la de su tío observándola de refilón.

Era el raro de la familia, aunque a ella no se lo pareciera en absoluto. El hermano pequeño de su

madre tenía el talante abierto, rezumaba simpatía, siempre estaba de broma. Pero llevaba ya dos matrimonios fallidos pese a no tener más que 42 años y eso le había puesto encima el estigma de la inseguridad. Todos le criticaban. Ella le adoraba.

Y nunca le llamaba «tío Joaquín». Sólo Joaquín.

Captó la fuerza de su seriedad. Algo extraordinario en un hombre que raras veces estaba serio. Ni con sus divorcios se ponía triste. Su filosofía de la vida era elemental: lo importante es vivir.

Pero ahora alguien se había ido.

—¿Cómo estás, Victoria?

Una pregunta maldita.

¿Cómo estaba?

—No lo sé —manifestó sinceramente.

Sola, sin nadie, tan lejos.

No era una respuesta, sólo la constatación de un hecho. Miró por la ventanilla y se sumergió en la cotidianidad del paisaje, la sequedad de los campos. Londres quedaba a un millón de años, y también el eterno verdor de la campiña inglesa.

Tres días de excursión a Edimburgo aprovechando que el lunes era festivo en el Reino Unido. Toda aquella sensación de libertad y aventura rotas cuando la localizaron, ya muy tarde. Y entonces la conmoción, el regreso a Londres, precipitado y caótico, con la mente del revés, sin dormir. Luego tratar

de encontrar un vuelo con destino a España, y una vez en Madrid enlazar con el que la había llevado de vuelta a casa. Un infierno encadenado pero que por lo menos la mantuvo ocupada, en tensión.

Ahora ya no había excusas.

Joaquín desplazó el brazo derecho hacia ella. Le acarició la mejilla antes de volver a concentrarse en el tráfico dada su velocidad. La circulación era densa.

—¿Y mis padres? —Victoria tragó saliva.

—Destrozados —fue sincero él—. Tu madre no ha podido ni siquiera levantarse de la cama. Está como catatónica. Tu padre, ya sabes, es más hermético. Puede que lo lleve por dentro y cuando le salga... No sé, cariño, todo ha sido tan inesperado y duro.

—¿Es como me dijeron? —le costó decirlo.

—¿Qué te dijeron?

—Una hemorragia por... —no pudo pronunciar la palabra.

—Sí —asintió su tío.

No dijo nada. Clavó los ojos en los campos amarillos. Le dolía todo, la mente, el cuerpo, el alma, los sentidos... Se había ido liberada, feliz, rompiendo la última cadena. Y de pronto... Allí estaba, de vuelta, como si su breve lapso de tiempo en Inglaterra no hubiera sido más que un suspiro, un paréntesis envuelto en un sueño feliz.

—Pobre Ana —susurró.

Era la primera vez que decía su nombre en voz alta en las últimas horas, desde que la noticia le había atravesado la mente.

Cayó la primera lágrima.

Fue como abrir una compuerta. La segunda siguió el camino, la senda de su huella impresa en la piel, y quedó arrastrada por la conmoción. Luego de ambos ojos brotó el torrente imparable y se quedó sin aliento.

Hundió la cara entre las manos, rota, y ni siquiera se dio cuenta de que su tío había acercado el coche a la cuneta hasta que sintió sus brazos rodeándola y estrechándola contra sí, muy fuerte.

—Sácalo —le pidió él—. Vamos, llora, cariño.

No tuvo que repetírselo. Ya estaba llorando, de una forma desgarrada, como nunca recordaba haber llorado jamás, quebrada desde muy adentro, igual que si una batidora se hubiese puesto a funcionar en mitad de su pecho. Lloró y lloró sintiendo un daño desconocido que la consumió hasta destrozarla.

—¡Cuando... me fui... me... dijo...!

—No hables, sólo llora —cuchicheó Joaquín.

—Es que...

—¡Chst!

Caricias en el pelo, la espalda. Besos en la cabeza, la mejilla húmeda. Victoria seguía atada por el cinturón de seguridad. Joaquín se lo había quitado

para darle su afecto. Un coche pasó muy cerca de ellos, golpeándolos con el vértigo del aire levantado a causa de su velocidad y la proximidad. El claxon rompió el silencio en una protesta inútil.

Victoria acompasó la respiración.

—¿Estás bien?

Ella se encogió de hombros.

—Tú siempre has sido fuerte.

—Vámonos, por favor.

Su tío miró el relojito del coche. La obedeció. No quiso repetir lo de la premura de tiempo porque ya era inútil. Ni siquiera sabía qué era mejor, si ayudar a su sobrina ignorando todo lo demás o llevarla hasta la última cita. Ella debió de captar sus pensamientos.

—Quiero estar allí —dijo Victoria.

Volvió a poner el coche en la carretera, pisó el acelerador y ya no volvieron a hablar en los siguientes minutos, aunque no dejó de observarla una y otra vez de reojo para estar seguro de que se mantenía firme y resistía. A medida que la ciudad se fue acercando a ellos, el tráfico se hizo más pesado. Por dos veces estuvieron a punto de golpear o rozar a otro vehículo. No pudieron acelerar de nuevo hasta enfilarse al desvío al cementerio.

Al entrar en él, Victoria sintió frío.

Todo el frío de aquellas tumbas en su cuerpo.

Una sería la de Ana, para siempre.

Ya no rodaron mucho, ni a demasiada velocidad. Joaquín detuvo el coche en una esquina, por detrás de otra media docena de automóviles aparcados a un lado, bajo el sol otoñal. Nada más poner un pie en tierra Victoria se olvidó de su tío. Echó a correr hacia la calle más cercana, con los nichos a ambos lados mirándola con sus ojos blancos. Ojos de lápidas llenas de cruces, flores, imágenes y nombres ajenos.

Lo primero que vio fue el ataúd. Reposaba en el elevador de la pequeña grúa encargada de subirlos hasta los nichos. Iban a llevarlo hasta el tercer piso. Ya habían abierto el nicho y retirado los restos de su último morador, la abuela Federica, enterrada quince años antes. No dejó de correr, ahora sintiendo un nuevo dolor más agudo, el de su corazón, como si fuera a partírsele en pedazos.

Hubo un murmullo.

Alguien dijo:

–Mira, ha llegado.

Y alguien más:

–Dios... pobrecilla.

Todavía quedaban lágrimas. Victoria fue el detonante de una nueva catarsis de dolor. Ella misma sintió las suyas pero no se detuvo ni para respirar hasta que llegó junto al ataúd. De entre las sombras humanas que rodeaban la escena, se destacó la de su padre.

Fue incapaz de moverse.
Lo dejó llegar, abrazarla...

–Quiero verla.

–Victoria...

–Quiero verla.

Lo repitió con otro tono. Uno que no admitía réplica. Ni siquiera apartó los ojos de la caja de madera noble, con el crucifijo de plata en la parte superior. Sólo apretó los puños.

Los hombres esperaban. Miraron al máximo responsable de todo aquello.

Laureano Iniesta asintió con la cabeza.

Fue una escena a cámara lenta, deliberada, sobria, cargada de tensión. Victoria no apartó los ojos del crucifijo bajo el cual se hallaba el rostro de Ana. Los pasadores fueron retirados y uno de los hombres levantó la cubierta. El crucifijo se convirtió en ella.

Blanca como la cera, con los ojos cerrados, hermosa a pesar de la palidez final.

Inocente.

Victoria se apartó de su padre. Tuvo que inclinarse hasta que sus labios rozaron la frente de su hermana pequeña.

–Cúdate –susurró.

Cayeron otras dos lágrimas.

El ataúd fue cerrado de nuevo con ellas humedeciendo por última vez la piel de Ana.